



FALL RIVER

John Cheever

Prólogo de Rodrigo Fresán
Traducción de Verónica Fernández Camarero

TROPO EDITORES

FALL RIVER

John Cheever

Prólogo de Rodrigo Fresán
Traducción de Verónica Fernández Camarero



TROPO EDITORES

EL HOMBRE AL QUE QUERÍA

La señora Dexter oyó cómo Joe pedía una chuleta de cerdo. Así empezó todo. Los Dexter llegaron tarde a la cena y todas las mesas estaban ocupadas. El camarero les ofreció tres asientos libres en la mesa de Joe. Le saludaron como suelen hacerlo los desconocidos en una cafetería, se sentaron y comenzaron a mirar la carta. El camarero volvió unos minutos más tarde y Joe pidió una chuleta de cerdo. «Pero joven, no debería usted comer carne —le dijo la señora Dexter—. No parece encontrarse bien y no debería comer cerdo, cerdo frito».

Lila rompió el embarazoso silencio que siguió al comentario de su madre. «Tilly, querida —dijo—, deja que el caballero coma lo que quiera». Le dirigió una sonrisa de disculpa a Joe. «Sí, Tilly —dijo Charles—, en realidad no es asunto tuyo». Joe cambió el cerdo por hígado de ternera y así es como los Dexter lo conocieron. Pasaron el resto del viaje sentados juntos en el vagón restaurante. Se encontraban a bordo del convoy especial de las

carreras que les llevaba a través de las ciudades industriales del norte de Albany en dirección a Saratoga.

Joe Clancy era un apuesto irlandés con el ceño preocupado habitual en un hombre acostumbrado a ver cómo su caballo titubea en el último tramo de la pista. Los años apostando habían dibujado cuatro líneas en su frente que ni siquiera el sueño lograba borrar. El señor y la señora Dexter eran una pareja elegante de mediana edad. Lila, su hija, rondaba los veinte años. Sus rasgos finos, sus largas pestañas y sus ojos azules eran menos notables que la juventud y vivacidad que transmitía. Eran una familia confusa y cordial, y cuando el tren entró en Saratoga la señora Dexter le dijo a Joe: «Ha sido un placer conocerlo. Le veremos mañana en las pistas. Venga a cenar al hotel en cuanto tenga una tarde libre». Después se giró y comenzó a hacerle señas a un policía y a gritar: «¡Mozol! ¡Mozol! ¡Mozol!». Era bastante miope.

Veinte años atrás los Dexter habían realizado el trayecto de la estación de Saratoga al Grand Hotel en un cabriolé. En parte volvían para conmemorar aquel viaje. Desde entonces se habían producido muchos cambios. En su primer viaje eran personas ricas, con una posición. Su particular extravagancia y la especulación temeraria habían hecho que se vieran constreñidos a vivir en un piso modesto que pagaban con lo que Charles ganaba vendiendo coches.

Lila había terminado la escuela de secretariado aquella misma primavera y empezaría a trabajar en otoño. Sus

padres sintieron que le debían al menos un vistazo fugaz a ese mundo que tan bien habían conocido. Era su regalo de cumpleaños. En gran parte esa era la razón de que realizaran un viaje que no podían permitirse a un mundo que habían tratado de olvidar.

«No ha cambiado nada», dijo aquella tarde la señora Dexter gesticulando en el comedor del Grand Hotel. Lila vio cómo un hombre moreno se acercaba a su mesa. «Las mismas ventanas —continuó la señora Dexter—, la misma decoración...».

Se calló al percibir que alguien se encontraba de pie junto a la mesa. Era el hombre que Lila había visto. La señora Dexter le dirigió esa mirada descortés tan habitual en los miopes. Después se le iluminó el rostro. «¡Lord Deveraux! ¡Lord Deveraux! ¡Qué joven está usted! ¡Pero qué joven se conserva! Está mucho más joven que la última vez que lo vimos. Tiene...». Parecía confundida. Entonces volvió a comenzar, aún más entusiasmada: «Pero usted no es Percy Deveraux, ¿verdad? ¡Usted es Napier Deveraux! Por un segundo creí que era usted su padre. ¡Cómo ha crecido! ¡Napier, cómo ha crecido usted! ¡Charles! Charles, es Napier Deveraux. Mi hija Lila».

El caballero inglés se sentó a su mesa. Era un hombre de unos treinta años, de rostro afilado, aristocrático, con un hoyuelo en la barbilla y el pelo oscuro y engominado. Esperó a que los Dexter terminaran su café y después de cenar se reunió con ellos en la terraza. «¿No es

maravilloso que nos hayamos encontrado aquí —decía la señora Dexter—? De todos los lugares en el mundo, ¡y con toda esta gente! Ha venido por las carreras, claro».

«No —dijo Napier quedamente—. Odio las carreras de caballos. Estoy aquí por las curas. Por el agua. Me lo recomendó mi médico. ¿Sabe? Estuve en la India. Me uní al culto Ragi. Me ha hecho mucho bien. Soy un hombre nuevo».

«Suenan muy bien —dijo la señora Dexter—. ¿No te parece, Charles? Ragi. Misterioso».

«Puede parecer misterioso —continuó Napier—. Sin embargo, está basado en una serie de leyes higiénicas muy sensatas. Ejercicios respiratorios por la mañana. Una dieta estricta. Nada de tabaco. Nada mundano. Localizar el alma en el diafragma y ese tipo de cosas».

«Lila, ¿has oído eso —preguntó la señora Dexter—? Napier se ha unido al culto Ragi. Seguro que a Lila le encantaría que le hablara del culto Ragi». La señora Dexter se levantó. Había algo de precipitado en su gesto que no pudo disimular. «Vamos, Charles, vamos. Ya sabes que tenemos muchas cosas que hacer. Deja que Napier le hable a Lila del culto Ragi. Buenas noches, Napier. Buenas noches, Lila». Después desapareció en el vestíbulo, seguida por su confuso marido.

Una vez en la habitación la señora Dexter pasó un buen rato recorriéndola de arriba abajo. Había empezado a vislumbrar un regalo de cumpleaños más espectacular

y duradero que cualquier mes en Saratoga. Sabía que tenían los días contados y que sus fondos eran limitados, pero ella descendía de una familia de rancio abolengo, cosa que para Napier sería tan importante como el color de los ojos de Lila.

El destino es generoso, pensó, y sintió sus ojos inundados de lágrimas. Tenía una mano de cartas inesperadas y sabía exactamente cómo jugarlas.

«Es ése, señor —susurró Joe—. Mire, señorita Dexter, mire, ése es Juan».

En Manhattan los lecheros aún estarían haciendo sus rondas. Era muy temprano. La hierba húmeda manchaba las botas de montar de Lila. Los hocicos de los caballos, que cruzaban la carretera y se acercaban a la pista, humeaban en el aire frío. «Mire, señorita Dexter, mire —susurró Joe—. Lo vendieron el año pasado. Por novecientos dólares. Lo vi en Havana. Mire sus patas. Mire su pecho. ¿Había visto antes algo parecido?».

Se acercaron a la reja. Juan, el favorito de Joe, entró en la pista. El caballo recorrió dos estadios sin dificultad y Joe se aferró con fuerza a la reja cuando escuchó el leve y profundo golpeteo procedente de la recta final, al otro lado del campo. Galopaba como un cohete, levantando a su paso una nube de polvo para que todo el mundo lo oyera. Lo soltaron de nuevo. «Nadie lo conoce —dijo Joe—. ¡Qué maravilla!».

«¿Dónde está Casanova?», preguntó Charles.

«Allí —dijo Joe—, el negro, con anteojeras».

«Ese es el mío —dijo Charles—, el negro es el mío».

«¿Verdad que son bonitos, señorita Dexter —dijo Joe—? ¿Había visto alguna vez algo tan bonito?».

El sol ya estaba alto. Cada vez más caballos con mantas y vendas, como monturas feudales, desfilaban por la carretera. Eso fue a principios de la segunda semana que pasaban los Dexter en Saratoga. Joe, Lila y Charles se habían convertido ya en habituales de los entrenamientos matutinos.

La señora Dexter no iba con ellos. Tenía trabajo. Pasaba la mañana paseando de un lado a otro del pasillo del baleario con Napier, bebiendo vasos de agua mineral. Comenzó por la larga y distinguida historia de su familia. Después dio un giro a su discurso para mencionar asuntos más personales. «Lila es una chica solitaria, tan sensible y solitaria —dijo—. Claro que al verla nadie lo diría, pero una gran parte de su alegría es fachada, pura fachada. Siente que poca gente la comprende. Disfruta charlando con usted. Le parece tan diferente de los hombres, casi chiquillos, que conoce».

«¿De veras?», dijo Napier.

«Es poco considerado por mi parte —dijo ella—, atosigarle con mis problemas. Pero ya no soy una jovencita. Y hay tan poca gente en la que puedo confiar. Pero Lila me preocupa. Necesita a alguien que cuide de ella, una persona comprensiva. Bajo esa alegría esconde una gran

tristeza y melancolía. Trata de ocultármelo. Es tan considerada. Pero yo lo sé, ¡lo sé!».

Por la tarde la señora Dexter hacía que Napier y Lila se quedaran a solas. Estaba convencida del éxito de su empresa por las frecuentes alusiones que Lila hacía a Inglaterra y por las miradas codiciosas y melancólicas que Napier le dirigía a su hija.

Joe Clancy había alquilado un coche para todo el mes y solía llevar a los Dexter a las pistas. En esas pocas semanas llegó a sentir que formaba parte de la familia. Era una relación informal, espontánea, de un alcance que no pudo calibrar hasta el momento de la despedida.

Un día, Lila, Joe y Charles estaban en el prado. La señora Dexter había aceptado una invitación a cenar para su esposo y para ella. Lo olvidó hasta el final de la séptima carrera. Se disponían a salir al parking cuando recordó la cita. Charles y ella iban delante. Lila y Joe les seguían. Tilly se giró y gritó por encima de las cabezas del gentío: «Joe, lleva a Lila a casa. Los Van Buskirks nos llevan en coche. Vamos a cenar con ellos. Querida, cena con Napier. Le gustará verte. Joe, llévala a casa, cuida de ella». Después su voz se fue haciendo cada vez más lejana, hasta que desapareció entre la multitud.

La carretera principal hacia la ciudad estaba colapsada por el tráfico y Joe tomó un camino vecinal.

«¿Quiere que la lleve al hotel, señorita Dexter?», preguntó.

«No me llames señorita Dexter».

«De acuerdo», respondió.

«Me llamo Lila —dijo ella—. Llámame Lila. Y no me lleves al hotel. Llévame a dar un paseo en coche. Un largo paseo». Se acomodó en el asiento, cruzó las piernas y encendió un cigarrillo.

Joe condujo por las sucias carreteras de la meseta de Saratoga durante un buen rato antes de hablar de nuevo. Por fin logró preguntarle: «¿Y lord Devereaux?».

«No te preocupes. No me está esperando». Se sentó más cerca de Joe. No fue por coqueteo. Fue un gesto inocente y amistoso. «Háblame de ti —dijo—. Dime de dónde vienes, qué quieres hacer, cuáles son tus planes de futuro».

«Soy de Chicago —respondió Joe con sequedad—. Apuesto en las carreras. Cuando pierdo sirvo mesas. Me gustan los caballos. Yo... —Después su voz cambió hasta alcanzar un tono estático—. En realidad no quieres que te hable de mí», dijo.

Condujeron otras cinco millas en silencio. Atravesaron un pueblito. Al pasar frente al bar Lila le pidió que parara.

«No querrás entrar en un sitio como éste», dijo él.

«Claro que sí», dijo ella. Joe la siguió y Lila pidió por los dos.

Después de tomar unas cervezas, Joe se sintió más cómodo. Empezó a hablar. Le contó que era huérfano, que había trabajado como mozo de cuadra, como entrenador

y como ayudante de un corredor de apuestas y que ocasionalmente se ganaba la vida apostando. Aquella primavera, había ganado una fortuna en Belmont. Le contó la historia de su vida, esa larga historia de habitaciones alquiladas y de infortunio. «Esperaré hasta ver correr a Juan en el circuito Holly —dijo—, después, gane o pierda, dejaré todo esto. No son más que chanchullos, ahora empiezo a darme cuenta. Estoy harto. Estoy cansado». Terminó su historia tan abruptamente como la había comenzado.

Condujeron de vuelta al atardecer.

«¿Y lord Deveraux?», preguntó Joe.

«Bueno, me gusta —dijo Lila—. Es muy amable. A mi madre también le gusta. De hecho quizá me case con él, si me lo pide».

Había anochecido. A lo lejos oyeron el pitido de un tren y el traqueteo de los vagones de carga.

«Napier tiene una mansión en Inglaterra —dijo Lila—. Mi madre ha estado allí. Le gustó».

Cruzaron el puente y en el siguiente paso a nivel encontraron las barreras bicolors bajadas, las lámparas aún se balanceaban. Una locomotora tomó la curva. Los vagones de carga pasaban lentamente frente a la claridad de los faros del coche.

«Mi madre dice que su casa tiene un foso alrededor —continuó Lila— y dos torres y...».

Se echó a llorar.

«¿Qué pasa, niña —preguntó Joe—? ¿Qué sucede?». Le pasó el brazo sobre los hombros. Se sintió incómodo.

«No es nada. Sólo estaba pensando en lo solo que debes sentirte. Siempre de un lado para otro. Viajando sin cesar. Oh, soy una estúpida, una tonta». Se secó las lágrimas con un pañuelo. El furgón de cola pasó retumbando. La barrera se levantó y volvieron al pueblo.

No hablaron hasta el final del trayecto. Cuando se despidió de él, frente al hotel, había algo seco, tímido, en su modo de hablar, en la forma de mirarse el uno al otro.

«Estate quieto —dijo la señora Dexter—, estate quieto. —Le estaba anudando una corbata negra a su marido—. Deja de estirar el cuello».

«Tengo una corazonada con ese caballo —dijo Charles—, con el negro».

«Deja los caballos —dijo— y cuéntame lo que te dijo Napier. Todavía no me has dicho nada».

«Ah, lo normal. Dijo que pensaba que tenía que decírmelo».

«¿Decirte qué?».

«Que le gustaba Lila. Que sería un honor casarse con un miembro de tu familia. Por cierto, ¿no sabe que no tenemos ni un centavo?».

«Claro que lo sabe. Que no tenemos un centavo, pero que estamos bien relacionados. Se lo dije yo».

«Bueno, dijo que sería un honor casarse con un miembro de tu familia. No mencionó a la mía. Y añadió que sentía como un deber informarme de que sus intenciones eran serias. Eso es todo».

La señora Dexter le dio a la corbata un último retoque y se alejó unos pasos.

«Perfecto», dijo.

«Yo no creo que sea perfecto —dijo él—. No puedo evitarlo, querida, pero nunca me han gustado esos caballeros ingleses».

«No me refería a eso. Hablaba de la corbata. Pero también creo que lo de Napier es perfecto. Lo es, Charles».

La señora Dexter se sentó frente al tocador y comenzó a cepillarse el pelo.

«Ese diablo negro —dijo Charles—, Casanova. Tengo una corazonada. Soñé con él».

«¿Casanova qué, querido?».

«El caballo. El que corre el martes. El grande, negro».

«Perfecto —dijo ella—. Vivir en Inglaterra será un buen cambio para Lila».

La señora Dexter era paciente. Todas las mañanas hablaba de su distinguido origen. Napier le dijo que estaba cansado de ganaderos millonarios y de gente pomposa y que tratar con su familia, modesta y de buena cuna, era para él un alivio. Su mejor carta era un noble inglés, ella

lo sabía, y la jugó con sagacidad. La tercera semana su paciencia se vio recompensada. Napier le reveló la naturaleza de sus intenciones y le explicó su plan. Cancelaría su pasaje a Inglaterra y pasaría el otoño y el invierno en Nueva York. Podrían anunciar su compromiso después de Navidades y, si Lila estaba de acuerdo, se casarían en verano. Le pidió a la señora Dexter que informara a Lila y les dio cita a todos en el hotel a las cuatro de esa misma tarde para discutir la situación.

De vuelta al hotel, por la mañana, la señora Dexter experimentó una felicidad que nunca había sentido antes. En el taxi anticipó la escena de la comida, cuando anunciara la buena noticia. Pero cuando entró corriendo en la habitación encontró una nota en la repisa de la chimenea. «Me voy a comer con Joe —decía—. Os veo en las pistas. Un beso, L.»...

El tipo de cosas que solían retrasar a la señora Dexter, como perder sus gafas o que se le parara el reloj, impidió que llegara a las pistas a tiempo para la primera carrera. Charles se le había adelantado, y cuando su taxi entró en el terreno ya estaban ensillando a los caballos para la segunda carrera. Le dio al taxista una generosa propina y se apresuró a entrar en la terraza. Lila, Joe y Charles estaban sentados allí, en silencio. «Hola, hola, hola», canturreó la señora Dexter. Charles y Joe se levantaron. «Hola Charles. Hola Joe. Hola Lila. Esperaba comer contigo hoy, Lila. Tengo algo muy importante que

contarte. *Vermouth, un peu de vermouth*, —le dijo al camarero—. Parecéis abatidos, ¿qué sucede Charles? Y tú, Joe. Ambos parecéis enfermos».

«¿Vamos?», preguntó Charles a Joe.

«De acuerdo».

«Esperad un minuto, esperad un minuto. ¿Adónde vais?».

«A apostar».

«Bueno, esperad un minuto. Quiero escoger un caballo. No es divertido ver las carreras a menos que haya algo de dinero en juego, ¿verdad?. —Golpeó el programa con sus gafas y repasó los nombres—. Crepe —dijo—. Es un bonito nombre, ¿no te parece bonito, Lila? Apuesta dos dólares por Crepe de mi parte».

Los dos hombres se fueron.

«Pero bueno, ¿por qué parecen tan abatidos?», preguntó la señora Dexter.

«Papá tiene una corazonada —dijo Lila—. Un caballo llamado Casanova. Quiere apostar todo su dinero en él».

«Pero, ¿por qué está triste?».

«No lo sé. No está seguro. El precio es bueno y una corazonada es una corazonada».

«¿Y qué le pasa a Joe?».

«Lo mismo. Hay un caballo que corre en el circuito Holly. Sexta carrera. Un caballo llamado Juan. Lleva observándolo todo el año. Es una apuesta arriesgada».

«Bueno, lo que no entiendo es por qué los hombres vienen al hipódromo si eso les hace tan infelices —dijo la señora Dexter—. Ah, lo olvidé. Tengo un mensaje importante para ti, de Napier. Es muy importante. Quería contártelo durante la comida, pero te habías ido. Fui con Napier al balneario esta mañana y...».

Joe y Charles volvieron a la mesa. Se sentaron. Parecían desalentados.

«Bueno, volviendo a Napier —dijo la señora Dexter—. Fui con él esta mañana al balneario y...».

«Ahí están», gruñó Charles. Estaba un poco inclinado hacia adelante, como si le doliera el estómago.

El dulce y desganado golpeteo de los cascos llegó hasta ellos mientras los caballos entraban desde el prado. Las casacas de seda de los jinetes brillaban a la luz del sol.

«¿Cuál es —preguntó la señora Dexter—? ¿Cuál es?».

«El número cuatro», dijo Joe.

«¿El negro? No creo que Crepe sea el nombre más adecuado para ese caballo. ¿No te parece, Charles? ¿Crees que le pondrían Crepe a un caballo negro? Me parece retorcido».

«Ese no es Crepe —dijo Charles. Fue una de las pocas veces en su vida en las que habló a su mujer con impaciencia—. Ese es Casanova. Al que aposté yo. Crepe es el zaino. El número seis».

«¡Ah!, ya veo».

Contenidos, embridados, los caballos desfilaron frente a la casa del club. Giraron y se dirigieron a medio galope hasta las barreras.

«Bueno, como iba diciendo —comenzó la señora Dexter de nuevo—, fui al balneario con Napier. Quiere vernos a todos. Esta tarde. Le dije que le veríamos en el hotel a las cuatro. Dijo...». Dejó de hablar cuando se dio cuenta de que su penetrante voz caía en un silencio poco habitual. Todos miraban a los caballos. Ya estaban en la barrera.

La campana sonó. Ese profundo, desazonador murmullo de *han salido* ascendió como un trueno e incluso los granjeros, que cultivaban sus parcelas a dos millas de distancia, pudieron oírlo. La pista humeaba, los caballos vibraban, golpeando el polvo seco, más deprisa de lo que cabría imaginar, pero de algún modo parecían no correr a una velocidad suficiente. Los números subían: primero el favorito, un caballo llamado Morristown, luego Crepe y después Casanova. En la última curva un caballo llamado Battlebridge tomó la delantera.

Charles no dijo nada. Llevaba el sombrero calado hasta los ojos. En la curva el favorito se desvió y llegó un caballo llamado Lairdson, seguido de Crepe, Casanova y Battlebridge. Lairdson perdió velocidad y quedaron Crepe y Casanova, con Crepe pegado a la barrera, y más tarde Crepe y Battlebridge, con Casanova casi siete cuerpos por detrás. Luego sólo Crepe.

El rugido de excitación de la multitud se diluyó en unas cuantas discusiones acaloradas. El silencio se abatió sobre la mesa de los Dexter. Charles miraba fijamente su vaso vacío. Joe tenía los ojos clavados en sus zapatos. Lila parecía mareada. La señora Dexter era la única que permanecía indiferente, pero pasó un buen rato antes de que hablara. «Bueno, he ganado veinte dólares —dijo con calma—. Toma Joe, coge mi ticket y ve a buscar el dinero. *Whiskey* para los hombres —le dijo a un camarero— y yo tomaré vermouth».

Cuando terminaron sus bebidas, Charles y la señora Dexter se fueron. Lila prometió marcharse después de la siguiente carrera, los vería en el hotel. Hasta que no estuvieron solos en el taxi, la señora Dexter no le preguntó a Charles cuánto había perdido.

«Mil dólares. Todo lo que tenemos. No sé cómo pagaremos la factura del hotel. Pobre Lila. Tendremos que marcharnos mañana. Pobre niña».

«Tengo mis joyas».

«Sí».

Viajaron durante un rato sin hablar. Los dos pensaban en lo mismo. Ella fue quien lo mencionó: «Siempre nos quedará lord Devereaux —dijo—; él nos ayudará».

«Sí —dijo cansado—, siempre nos queda lord Devereaux».

Estaban en el hotel, contando el cambio, cuando oyeron el sonido metálico de una llave en la cerradura. La

puerta se abrió repentinamente, golpeando la pared, y entró Lila. Parecía que hubiera estado corriendo. Llevaba el pelo suelto y el sombrero en la mano. Atravesó corriendo el salón y llegó a la habitación. «Voy yo», dijo la señora Dexter.

«Es Joe —sollozó Lila—. Cuando papá y tú os fuisteis, nos sentamos, tomamos algo y aposté dos dólares en la siguiente carrera. Después dije que tenía que irme y él estuvo de acuerdo. Dijo que creía que debíamos despedirnos. Dijo que abandonaría los hipódromos de una vez por todas, tanto si perdía como si ganaba. Dijo que no volveríamos a vernos. Después caminamos hacia la salida juntos. Nos despedimos allí, en el prado. Ya sabes. Nos besamos, pero después se dio la vuelta y se fue y yo sentí como si me arrancaran un brazo. No sabía que pudiera suceder algo así. No puedo vivir sin él».

La señora Dexter no dijo nada. Dejó que su brazo descansara sobre los hombros de su hija. Luego se levantó y salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí. En el pasillo que unía el salón con la habitación vaciló. Había llegado el momento de tomar una decisión, pero estaba demasiado desconcertada, demasiado aturdida para pensar. Todos sus esfuerzos no habían servido para nada, había sido un error. No estaba preparada para aquello. Cuando entró en el salón, Charles estaba gritando al teléfono: «No me importa que no hayan llegado a la sexta carrera. Búscales, encuentra a Joe y dile que venga al hotel

de Charlie Dexter. Dile que es importante. No. No tiene que ver con ningún caballo». Colgó con un golpe.

Quince minutos después Joe entró en la habitación. «Está ahí dentro», dijo la señora Dexter haciendo un gesto en dirección a la habitación. Él entró y ella cerró la puerta. El teléfono comenzó a sonar. Charles respondió.

«Lord Devereaux pregunta por el señor y la señora Dexter», dijo el recepcionista.

«Dígale que suba», dijo Charles.

Se refugiaron en sus sillas y esperaron. Oyeron cómo el viejo ascensor subía por el hueco. Alguien llamó a la puerta. «Adelante —dijo la señora Dexter—. ¡Oh, Napier!».

Napier se quedó de pie, en la puerta, esperando a que alguien cogiera su sombrero y su bastón. Después los dejó en el suelo, con el sombrero hacia arriba como un receptáculo.

«¿La gente no echa cenizas en él?», preguntó Charles.

«¿Dónde?».

«En su sombrero».

«¡No, por Dios!».

«Déjalo, Charles, ¡déjalo —dijo la señora Dexter con impaciencia—! Es el calor —explicó abanicándose con un pañuelo—; es este horrible calor. Nos ha puesto a todos de mal humor. ¿Quiere que le pida un té helado, Napier?».

«No, gracias —respondió—. Nunca lo bebo. Es malísimo. ¿Lila está aquí?».

«¿Lila?», la señora Dexter se hizo a sí misma la pregunta, y a continuación se la hizo a su marido. Se le acababa el tiempo. Era la decisión más importante de su vida, de graves consecuencias, y la tensión podía leerse en su rostro. «¿Lila? No, no está aquí ahora mismo. —Su voz era inerte—. Ha salido un momento».

Empezó a abanicarse de nuevo. En el silencio pudo oír las voces de Joe y Lila a través de la puerta cerrada.

«Me pregunto dónde estará Lila —dijo levantando la voz—. No es precisamente puntual. Es algo que debe saber, Napier. Debería habérselo dicho antes. Lila no es precisamente puntual».

«Pero yo...», Napier comenzó.

«No, no, no —canturreó ella—, no me interrumpa. Creo que debo contárselo. Lila suele llegar tarde. A veces llega incluso con un día de retraso. No es la clase de persona con la que se pueda contar. En Nueva York nunca sabemos dónde está. A veces desaparece durante varios días. O semanas. El invierno pasado desapareció durante tres semanas. En enero. Nunca llamamos a la policía. Es algo que debería recordar cuando esté casado. No debe llamar a la policía. No sabe dónde se la va a encontrar. Es terriblemente embarazoso».

El rostro de Charles palideció; se quedó boquiabierto ante la sarta de mentiras que su preciosa mujer estaba hilando. La señora Dexter había comenzado a recorrer la habitación en círculos, recogiendo y soplando polvo

imaginario de cualquier objeto que se cruzara en su camino.

«Siempre creí que se trataba de amnesia —continuó rebuscando horrores en su hostigada imaginación—. Personalmente siempre he creído que era amnesia. Al menos esa es la manera más discreta de ver el asunto. ¿No le parece? La amnesia no es hereditaria, ¿verdad? Personalmente siempre he creído que era amnesia.

»Cuando actuamos en Reading, Pennsylvania, —su lánguida imaginación parecía haber tomado un nuevo impulso— cuando actuamos en Reading, Pennsylvania, desapareció durante casi un mes. ¿Te acuerdas, Charles? Actuábamos en un teatro llamado Opera House. Yo tenía un numerito con una rosa entre los dientes. Charles actuaba en un espectáculo de baile. ¿No sabía que Charles bailaba? ¿No le hemos contado nada sobre nuestra vida en el teatro?».

«No, no lo hicieron». Su voz era la de un hombre indignado.

«Sí —dijo cansada, desenvuelta— trabajamos en el teatro durante años y años. Lila nació detrás de un escenario. En un teatro llamado Strand. Está en Omaha, Nebraska. Su segundo nombre es Strand. Lila Strand Dexter. Bonito, ¿no le parece? Por aquel entonces actuábamos en el entreacto de un espectáculo de variedades. ¿Te acuerdas de mi traje, Charles? ¿Y del número en el que cantaba?». Permaneció de pie en el centro del

salón, meciéndose suavemente al ritmo de una melodía evocada.

A pesar de su verborrea, de sus despistes, de su indiscriminada colección de amigos, nadie, hasta entonces, podría haber acusado a Tilly Dexter de nada cómico o indecoroso. Era una mujer que estimaba su dignidad y, ahora que la estaba destrozando, lo hacía con gran esfuerzo. Dio tres pasos, primero a la izquierda, luego a la derecha e hizo un claro intento de saltar. Su rostro estaba enrojecido por el esfuerzo y su pelo revuelto. Empezó a cantar:

*«I'm not too young and I'm not too old,
I'm not too hot and I'm not too cold...»*

Lord Devereaux salió dando un portazo.

El silencio prolongado que siguió al portazo de lord Devereaux les hizo conscientes de la tranquilidad que reinaba en la habitación contigua. Lila y Joe habían dejado de hablar. La señora Dexter se echó a llorar. Sollozó en silencio, con amargura. Charles se acercó a ella y sintió cómo sus hombros delgados temblaban bajo su brazo. «No llores, Tilly —dijo con calma—. Ella tiene lo que quiere. Para eso vinimos. No hay por qué llorar».

Se levantó y se acercó a la ventana. Las carreras habían terminado y la multitud vestida de verano regresaba a la

ciudad. «¡Extra! ¡Extra —gritaba un muchacho—! ¡Un caballo desconocido gana en el Holly por cuatro cuerpos! ¡Juan gana el circuito Holly! ¡Extra! ¡Extra!».

Collier's

24 de agosto de 1940